

EL CRONICÓN DE JUAN DE ARQUELLADA

por

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ
(Universidad de Sevilla)

1. Si toda Andalucía —naturalmente me refiero al espacio que desde el siglo XIII y hasta la pasada centuria se llamó así, y que abarcaba los tres antiguos reinos de Jaén, Córdoba y Sevilla— fue tierra fronteriza, y, como tal, sometida a los condicionamientos que imponía la existencia de una frontera que separaba los reinos de Castilla y Granada, Jaén y su reino fueron, probablemente, los territorios andaluces donde con más fuerza se dejó sentir la dura realidad de la condición fronteriza. La razón fundamental de esta situación no era otra que la proximidad de la ciudad y de las otras ciudades de la zona (Baeza, Ubeda, Alcalá la Real, Quesada, Cazorla, etc.) a Granada y a otras importantes ciudades granadinas, como Guadix y Baza. De esta cercanía se derivaba la mayor facilidad que tenían los ejércitos granadinos de atacar a Jaén y su reino, cosa que ya no era tan factible en el caso de Córdoba y no digamos nada de la lejana Sevilla ...

Y que esto era así lo demuestra el hecho, no muy conocido, de la existencia en la actual provincia de Jaén de más de 400 fortificaciones, incluyendo en esta cifra nada menos que unos 150 castillos. Ello significa que la provincia cuenta con la mayor densidad de fortificaciones de toda España, como bien ha señalado Juan Eslava Galán, que las ha estudiado y catalogado paciente y eficazmente¹. A estas estructuras defensivas se añadía una organización político-administrativa que reforzaba la capacidad militar de la zona: La encomienda Mayor de Castilla de la Orden de Santiago, con centro en Segura; el Adelantamiento de Cazorla, dependiente del arzobispo de Toledo; las encomiendas calatraveñas de la Peña de Martos, de la que depen-

¹ Juan ESLAVA GALÁN, *Leyendas de los castillos de Jaén* (Jaén, 1981). Del mismo autor, con dibujos de Francisco Cerezo, *Castillos y atalayas del reino de Jaén* (Jaén, 1989).

dían, además de Martos, Toredonjimeno, Lopera, Porcuna y otras aldeas, y la de Torres, Canena, Jimena y Recena; algunos señoríos nobiliarios de menor entidad y los grandes concejos de realengo —verdadera columna vertebral del reino— de Jaén, Baeza, Ubeda y Alcalá la Real.

Las Órdenes Militares en sus respectivos sectores, el Adelantado de Cazorla en su posición avanzada y los concejos de realengo, con sus milicias formaban una verdadera muralla humana que resistió con éxito — a pesar de algún que otro revés — y durante siglos las acometidas de los ejércitos granadinos. La de Jaén era sin duda «una sociedad organizada para la guerra» (E. Lourie), capaz de levantar en tiempos de Condestable don Miguel Lucas de Iranzo, que fue su gobernador entre 1461 y 1473, no menos de 1.000–1.200 caballeros de cuantía o de alarde, sin contar a los hidalgos. Por estas mismas fechas el Maestre de Calatrava don Pedro Girón reclutaba 600 caballeros en Arjona y nada menos que unos mil en Baeza. Podemos inducir la importancia en la zona tanto de la caballería hidalga como de la popular por la existencia en las ciudades del reino de Jaén de cofradías de caballeros, como la del *200 ballesteros del Señor Santiago*, de Baeza; la de *Santa María de los Hijosdalgo*, de Andújar; las de *Santa María* y *San Luis de los Caballeros*, de Jaén, y, la de *San Ildefonso*, de Priego. En este último caso se trata, a diferencia de las anteriores, de una cofradía formada, básicamente, por los caballeros cuantiosos de la villa.

En una palabra, la Alta Andalucía fue, desde la creación misma de la frontera en el siglo XIII, un verdadero antemural defensivo, con centro en Jaén, ciudad que en las intituciones oficiales era llamada, además de «muy noble, famosa y muy leal», «guarda e defendimiento de los reinos de Castilla», todos ellos títulos oficialmente reconocidos por Enrique IV en un extraordinario privilegio dado en Segovia el 9 de junio de 1466².

2. La realidad fronteriza se refleja abundantemente en la documentación de la época, y, especialmente, en esas *crónicas* de lo cotidiano que son las *Actas Capitulares*. Se han conservado dos volúmenes anteriores la guerra final de Granada, correspondientes a los años de 1476 y 1479, llenos de referencias a la vida y problemas de la frontera. La historiografía oficial ofrece también numerosos datos sobre los acontecimientos militares ocurridos en la frontera de Jaén. Algunos de estos incidentes merecieron ser cantados en los romances noticieros, formando parte del conjunto de textos que conocemos como *romancero viejo*³. No menos de seis o siete de estos roman-

² Edt. J. RODRÍGUEZ MOLINA, *Colección diplomática del Archivo Histórico Municipal de Jaén. Siglos XIV y XV* (Jaén, 1985), n. IX.

³ Cfr. *Romancero Viejo*, ed. de Juan ALCINA (Barcelona, Ed. Planeta, 1987).

ces, entre los que se encuentran algunos de los más bellos romances históricos y noticieros, tienen por escenario las tierras de Jaén^{3bis}.

A estas fuentes documentales, literarias e historiográficas se añaden otras de sabor mucho más local. La más conocida de todas es la *Crónica o Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* que constituyen, no sólo la historia y gesta particular de un gran personaje, sino un retrato al natural de la sociedad jiennense en tiempos de Enrique IV. Pero hay otras, como los diversos *calendarios* o relaciones breves de sucesos, citados por Martín de Jimena Jurado en sus *Anales del obispado de Jaén*. Muchas de estas antiguas historias locales, que reflejan una tradición característica de las poblaciones de frontera, ha desaparecido por completo. Conocemos bien el caso de Quesada, estudiado por Carriazo^d. Un eco tardío de esta antigua tradición historiográfica es la obra de la que nos ocupamos.

El manuscrito de Juan de Arquellada, titulado *Sumario de proezas y casos de guerra, acontecidos en Jaén y reynos de España y de Italia y Flandes y grandeza dellos, desde el año de 1353 hasta el de 1590*, que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid (sign. MS 1859), no es, precisamente, una obra de arte, ni desde el punto de vista literario ni, menos aún, historiográfico. El propósito de su autor, un viejo soldado que combatió en Flandes en tiempos de Felipe II a las órdenes del capitán D. Diego de Carvajal⁵, es

^{3bis} Estos son los que se incluyen en la colección editada por Juan ALCINA:

- 121. Cercada tiene a Baeza Ese arráz Audalla Mir.
- 122. Ya se salen de Jaén los trescientos fijosdalgo
- 124. Caballeros de Moclín peones de Colomera.
- 130. Un día de San Antón, ese santo señalado.
- 131. Un día de San Antón, ese santo señalado (2ª versión).
- 134. Moricos, los mis moricos los que ganáis mi soldada.
- 135. Reduán bien se te acuerda que me diste la palabra.

⁴ Gonzalo ARGOTE DE MOLINA cita en su *Nobleza de Andalucía* (Jaén, 1957), 12 y 569, cita un *Calendario* de cosas acaecidas en la villa de Quesada, del que fue autor un tal Ruy Díaz de Quesada, que lo escribía hacia 1470. JIMENA JURADO lo utilizó en varios pasajes de su *Catálogo de los obispos de Jaén* (Madrid, 1654), 374–375 y 403. Da también noticia Jimena Jurado de otro *Kalendario*, escrito hacia 1484 por el lcedo. Luis Fernández de Tarancón, prior de Jimena. El deán MAZAS, autor de un extraordinario *Retrato al natural de la ciudad de Jaén* (Jaén, 1794), y Migel LAFUENTE ALCANTARA en su *Historia de Granada*, III (Granada, 1845), 333, y IV, 428. J. de M. CARRIAZO, *Colección Diplomática de Quesada* (Jaén, 1975), XXXV–XXXVIII.

⁵ Arquellada no pierde ocasión de destacar la participación de su capitán Diego de Carvajal, hijo del conde de Villar, y de sus paisanos en las guerras europeas. Al primero se refiere al narrar el sitio de Harlem, donde fue gravemente herido (ff. 208r–211r). Nombra también a don Fernando de Torres, «natural de Jaén, que era hermano de don Diego de Carvajal» (f. 123v). Entre los citados figuran el capitán Hernando de Quesada (ff. 343v y 344r), y el soldado Juan de Quesada, de la capitania de don Antonio de Zúñiga (f. 270r).

narrar sucesos de guerra de su época⁶, especialmente aquéllos, como las guerras de Flandes, Países Bajos y Francia, en los que participó personalmente⁷. Pero antes de entrar en materia, dedica la primera parte de su obra a narrar sucesos de guerra acaecidos en su tierra de Jaén. Su información no es mala. Además de tradiciones locales de las que bien pudo hacerse eco o de *kalendarios* como los ya citados, utiliza de forma masiva los *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo* en los folios 14 a 72, con algunas variantes de poca monta. Cuando no dispone de información fidedigna o el caso le interesa poco, Arquellada demuestra una sorprendente falta de sensibilidad histórica. He aquí un par de muestras.

La guerra final de Granada, que tanto significó para Jaén y su reino, es despachada por Juan de Arquellada en un breve capítulo que ocupa un folio justo (73v–74v), en el que pueden leerse cosas tan peregrinas como ésta:

Estando vn día los moros algo descuidados [el rey don Fernando] les dio vn alborada de vn general asalto, el qual duró más de quatro oras, a donde se vido el valor de los cristianos y con cuánta gallardía peleauan, entrando dentro y matando todos aquellos que no se querían rendir ... Y visto por el rey Chiquito la ruina y pérdida tan grande de Granada, a do tenía su asiento y forta leça ..., salió de Granada huyendo él y su gente, y los cristianos se apoderaron de la çuidad y fortaleças ... Y así se acabaron las cosas de Granada, la qual se tomó a doçe (sic) días del mes de enero del año del Señor de mill y quatroçientos nouenta y dos

Al descubrimiento de América dedica Arquellada —a la distancia de un siglo— este increíble párrafo:

En el año de mill y quatroçientos y nouenta y dos años mandó el rey don Fernando yr por esa mar del Norte y descubrir la tierra de Yndias con una gruesa armada. La qual hallaron y se apoderaron en ella, y enbiaron a España a su alteça carauela de aviso cargada de oro y plata, y los demás quedaron allá aguardando la orde(n) y respuesta de su magesta(d). Luego que llegó a España la nueua de la carauela de aviso, mandó su alteça enbarcar muchas gentes para lleuar a las Yndias y ponellos en guarnición. Y así se apoderaron en aquella tierra tan rica donde se enbiauan cada año a España ynumerable(s) riqueças (f. 74v–75r).

⁶ Los Arquellada eran una antigua familia hidalga establecida en Ubeda y Jaén desde, por lo menos, finales del siglo XIV. Argote de Molina cita a un tal Alfonso Pérez de Arquellada que fue alcaide de la frotaleza de Tiscar, en Quesada, a comienzos del siglo XV. *Nobleza de Andalucía* (Jaén, 1957), 646. En el padrón de hidalgos de Ubeda (año 1446) figuraban, el mismo autor, tres Arquellada: Pedro, Martín y Diego Alfonso. Por estas mismas fechas era veinticuatro de Jaén un tal Pedro de Arquellada. *Ibid.*, 447–448. Las armas de los Arquellada eran una muralla de plata rematada por seis almenas.

⁷ En el f. 218v escribe los siguiente: «Y aun dexo de citar algunas graues neçesidades por no ser molesto en el proceder, que si causa me yncitó a que yo escriuiese con mi pobre talento y torpe pluma fue porque tanto valor no pereciase ni el tiempo ynjustamente lo consumase. Y así puedo dar mi entera fe y verdadero testimonio de todo lo que voy contando, y de lo que no vide me lo han dicho personas graues y de mucho crédito».

3. Si esto es así, ¿qué interés tiene la obra de Juan de Arquellada para merecer rescatarla del olvido? Varias razones, aparte la de la propia curiosidad del texto, justifican, a mi entender, que nos ocupemos de él. Por un lado está la propia temática: los acontecimientos en un sector de la frontera castellano—granadina donde se vivió con gran intensidad la pugna fronteriza, como ya hemos visto; y, por otro, el hecho de tratarse de una obra que rememora estos acontecimientos, como historia todavía viva, a pesar del siglo transcurrido desde la desaparición del reino nazarí de Granada y, por ende, de la frontera. Este interés de Arquellada por aquéllos lejanos acontecimientos, algunos de los cuales se remontan a la segunda mitad del siglo XIV, prueba una vez más que la frontera dejó tras de sí un recuerdo que ya por entonces comenzaba a fundirse, en las mentalidades colectivas, con la propia leyenda de la frontera, tan bien representada en la época por los romances moriscos.

Los «casos» de guerra «acontecidos en Iaén» con los moros ocupan, como dijimos, los primeros folios de la obra de Arquellada. Los sucesos narrados en el texto se disponen en dos bloques cronológicos que, a su vez, se corresponden con dos fuentes o grupos de fuentes distintas:

I. De 1353 (veremos enseguida que la fecha es errónea) a 1459 Arquellada extrae su información de textos diferentes: las Crónicas del Canciller don Pedro López de Ayala; la Crónica del reinado de Juan II en alguna de sus diversas versiones; probablemente, alguno de los varios *calendarios* a los que hemos hecho referencia y, desde luego, las tradiciones locales.

II. De 1462 hasta la muerte del Condestable en 1473. La información procede básicamente de los *Hechos* del Condestable, obra que Arquellada atribuye a un tal «Diego de Gámez, escrivano real y criado del Condestable de Castilla, [que] escribió todos estos casos y dio dello enteramente fe» (f. 73r.). Parece más probable que la obra fuese escrita por Pedro de Escavias, alcaide de Andújar, según propone su editor el prof. Carriazo.

Sin negar del todo su interés —Arquellada debió manejar un manuscrito parcialmente diferente del que sirvió de base para la edición conocida—, la segunda parte es un mero resumen desaliñado y conciso de algunos capítulos de los *Hechos* del Condestable. Por ello, reduciré el análisis a los primeros pasajes de la obra que son, a mi juicio, los más interesantes a los efectos de reflejar tanto la vida como la mentalidad fronterizas.

4. Comencemos por destacar un hecho de gran importancia. Las páginas que Arquellada dedica a los hechos de armas en la frontera de Jaén tienen dos protagonistas indiscutibles: la propia gente de Jaén, y especialmente el grupo de los caballeros, y el condestable don Miguel Lucas de Iranzo, cuyos hechos llenan la segunda parte de la historia militar de la frontera.

En primer término, la gente de la frontera, los compatriotas del cronista, sus propios antepasados, aunque no los nombre. Arquellada ve en ellos una especie de héroe colectivo y anónimo: ellos son los verdaderos protagonistas de las proezas y casos de guerra en la frontera; ellos, los que defendieron una y otra vez a la ciudad; ellos, los que sufrieron, tanto en las victorias como en las derrotas, la dureza de la condición fronteriza.

Porque, en efecto, lo más sorprendente del relato de Juan de Arquellada es la visión tan poco o nada mitificada de lo que fue la frontera de Jaén. Ello se comprueba en la propia selección de casos de guerra que el cronista efectúa. Podía, en efecto, haberse fijado exclusiva o preferentemente en los hechos de armas favorables a los jiennenses. Y no es así. Refiere, como es lógico, algunas victorias de las tropas de Jaén. Pero la mayor parte de los hechos referidos corresponden a derrotas de los cristianos o a sucesos desfavorables. Veamos:

1. Saqueo y destrucción de Jaén en 1368.
2. Derrota y muerte del maestre de Alcántara.
3. Victoria de los Collejares.
4. Derrota cristiana en Montejícar.
5. Cerco fracasado de Jaén.
6. Desbarato del obispo don Gonzalo
7. Segunda derrota del obispo don Gonzalo.
8. Derrota de los granadinos en la batalla de La Higuera.
9. Derrota del alcaide de Martos.
10. Derrota de la gente de Jaén en Cambil.
11. Desbarato del conde de Castañeda y la gente de Jaén.
12. Derrota de los granadinos en el puerto de Peña Blanca.
13. Desbarato de la gente de Jaén en 1459.

En resumen: cuatro victorias frente a nueve derrotas. ¿Cómo explicar esta selección tan poco heroica de hechos de armas, que tan mal se corresponde con la intención de la obra? La explicación es bien sencilla: para Arquellada, impresionado por la figura del Condestable, y para la misma tradición local jiennense, don Miguel Lucas de Iranzo puso definitivamente remedio no sólo a la situación de anarquía y desgobierno de la ciudad —y esto explicaría, por ejemplo, la inclusión en su Crónica de la tasa de precios y salarios establecida por el Condestable en 1462 (ff. 14v—15v)—, sino a las amenazas de los granadinos. Desde esta hipótesis cobra sentido el relato, y se modera la desconcertante y extraña objetividad del cronista al relatar los hechos de armas ocurridos antes de la llegada a Jaén del Condestable Iranzo.

A pesar de las derrotas, Arquellada destaca en todo momento el «esfuerzo y valor» de los de Jaén, incluso de la gente del común, y su capacidad para hacer frente a una multitud de moros, que como en la batalla de los Collejares, superaban en número a los cristianos, hasta el punto de haber

«diez moros por cada cristiano» (f. 8r). Esta misma circunstancia se aduce para justificar alguna que otra derrota, como la sufrida por los de Jaén en Montejícar en 1412.

Veamos algunos ejemplos.

El primer relato se refiere al cerco y destrucción de Jaén en 1368 por las tropas del emir granadino, Arquellada — no sabemos muy bien por qué — fecha este suceso en 1353. Tal vez el error procede de la fuente utilizada, que, desde luego, no fue la *Crónica de Pedro I*, donde se fecha perfectamente el acontecimiento. Debió utilizar una fuente local no identificada o una tradición oral, la misma que le lleva a afirmar que los jiennenses pagaron la retirada de los granadinos mediante la entrega de «treçientos niños y niñas de arrehenes». Lo único que dice la *Crónica de Ayala* es que los de Jaén se comprometieron a pagar una determinada cantidad de doblas, y, en garantía de ello, dieron al rey de Granada «en arrehenes personas ciertas» (año XIX, cap. V). Probablemente en la mente del cronista estaba el dato legendario del tributo de las cien doncellas, pagado a Córdoba por los reyes de Asturias, y del que los cristianos se vieron libres después de la victoria milagrosa obtenida en Clavijo con la ayuda de Santiago.

El relato más amplio, detallado y, hasta si se me apura, el de mejor factura literaria es el que refiere el cerco a que fue sometida Jaén en 1408. Merece la pena leerlo en su integridad, porque es la mejor muestra de la forma de narrar de Arquellada y se presta a algunos comentarios.

8v-11r/6. Cerco de Jaén puesto por el rei de Granada

En el año de 1412 años uvo nueva que los moros de Granada venían sobre la çiudad de Jaén, lunes a diez días del mes de octubre del dicho año, estando aquí por frontero en esta çiudad el Prior de San Juan, con contía de 300 cavalleros por suma, y alojados en el arral (sic) della.

Y como vino el rebato a media noche que venían los moros sobre la çiudad de Jaén, luego como llegó la nueva /, los regidores mandaron salir de la çiudad tres compañías, cada una della con su adalid, y que fuesen y mirasen si era así verdad que los moros venían y viesen la gente que traían, y vista, prestamente se bolviesen a deçillo para que la çiudad se aperçibiese de lo neçesario para tal ocasión. Y luego se partieron las tres compañías cada una por su camino, y vieron el real de los moros con muchas tiendas y muchas candelas, en que parecía aver mucha gente. Y así se bolvieron y dixeron cómo era çierto que los moros venían a tomar a Jaén.

Y así, sabida la nueva çierta, mandaron repicar las canpanas, y luego se levantó toda la gente, y luego los regidores mandaron que se acaudillasen en cada collaçión y que se subiesen a los adarves hombres, mugeres y muchachos, y que subiesen muchas piedras y palos y otras armas para que las defendiesen a los moros las murallas y entradas de la çudad. Y diéronse tanta priesa en ponello por la obra que quando los moros llegaron al exido / de la Puerta Barrera, tenían toda la çiudad barreada y tapiadas las puertas de toda la çiudad.

Y llegaron los corredores de los moros, que podían ser hasta 1.500 cavalleros, y en pos dellos el fardaje, y conçertó de poner tiendas en el exido. Y asentado el real, los cavalleros en sus batallas se fueron contra la çiuðad. Y luego llegaron quatro batallas muy gruesas de cavallos y todo el peonaje tras dellos, que no cabían en el exido. Y luego que fueron llegados, se fueron a la çiuðad, y en llegando se entraron por el arrabal y lo estruyeron y quemaron todo, y robaron quanto hallaron en las casas que no avían podido retirarlo a la çiuðad por aver sido el rebato de noche.

Y venía el rey de Granada con atabales y chirimías y añafiles y con gran cavallería. Y el lunes todo el día hicieron muchas ahumadas y toda la noche. Y luego, el martes por la mañana, cavalgó el rey de Granada con toda la gente de a cavallo y de a pie, y muchos pertrechos, y fiço batir la çiuðad por tres partes / muy fuertemente, y por otras partes el peonaje con mucha balistería. Y pusieron una manta en el adarve de la Puerta Carniçería y echaron muchas escalas para subir. Y los del adarve les echaron mucho fuego y açeite hirviendo, de manera que les quemaron las mantas y mataron con piedras y fuego a muchos moros, y salieron huyendo los questavan debaxo de las mantas minando el adarve. Y tiraron con unas lonbardas a una torre que estava en la dicha puerta, y tornaron a subir por las escalas. Y fue gran maravilla no les entrar, que fue el combate muy reñido.

Y así se supo luego por toda la tierra que Jaén estava çercada. En Baeça, Días Sanches de Benavides y el obispo don Rodrigo de Biveros, sabida la nueva, juntaron la gente que más pudieron y vinieron a socorrer a Jaén, martes en la noche, y llegaron a media legua de Jaén, y de ay tomó la delantera un hombre que se deçía Juan García de Almendros, natu-/ral de Jaén, y trúxolos por las Torreçillas hasta llegar a los alcáçares de Jaén, donde estava todas las mugeres y muchachos. Y como supieron su venida, les abrieron las puertas y entraron dentro el obispo don Rodrigo de Biveros y Día Sanchez y toda la gente que con ellos venía por el Postigo Viejo detrás del castillo. Y luego el miércoles por la mañana baxaron del castillo a pelear con los moros. Este día fue a pelear con los moros un capitán dellos que se deçía Reduán y combatió muy fuertemente la çiuðad, que los puso en mucho aprieto, y le dieron en este combate un saetaço a Reduán y murió luego. Y muerto, çesó el combate y se retiraron los moros con mucha pérdida. Y este día se vido por cosa çierta aver muerto muchos moros a pedradas las mugeres, que como los moros se llegavan a cabar el adarve, les tiravan muchas pedradas y los mataban, y fue muy grande la mortandad de los moros, en más cantidad de 15.000, según se supo y vido con los ojos.

/ E después que los moros se fueron hallaron muchos moros muertos y muchos vestidos rotos y ensangrentados, que eran de los moros que en los asaltos los mataban y enterravan en las haças los moros, y después, harando las haças, sacavan los moros con los arados. De manera que fue muy grande la mortandad de los moros, más que se pensava, por averlos dexado enterrados los moros. Dios sea loado por tan buen suçeso. Luego se bolvió a Baeça el señor obispo y los demás con mucho contento de la buena vitoria que avían tenido con los moros.

Dejando de lado la equivocación en la fecha —el cerco de Jaén tuvo lugar, no en 1412, sino en 1407—, el relato de Arquellada se ajusta a lo que nos cuenta la *Crónica de Juan II*, de Alvar García de Santamaría (cap. 69 y 72). Los personajes citados son todos históricos, hasta el obispo de Jaén don Rodrigo de Biveros, que no es otro que don Rodrigo Fernández de Narváez, tío del futuro alcaide de Antequera Rodrigo de Narváez.

Con todo, el relato de Arquellada es más rico en detalles que la *Crónica*, aunque menos preciso en referencias cronológicas. Ello se comprueba en la precisión con que se describe la defensa de las murallas de la ciudad, en los detalles topográficos y en las referencias a los muchos granadinos muertos en el asalto. Evidentemente, para Arquellada el protagonista y responsable del fracaso de los granadinos fue el pueblo de Jaén, organizado por collaciones — esos hombres, mujeres y niños que defendieron las murallas y los adarbes —, aún reconociendo la participación que en la defensa de la ciudad tuvieron algunos ilustres personajes locales, como el obispo don Rodrigo Narváez. Esta clara toma de partido tiene que ver algo, sin duda, con la afirmación del cronista de que «los de la ciudad tomaron sus mugeres e sus hijos e pusieronlos todos en el alcázar, porque las mugeres no llorasen ni diesen bozes» (cap. 72, p. 164). En cualquier caso no deja de llamar la atención el escaso por no decir nulo protagonismo que Arquellada atribuye a personajes como, el Prior de San Juan, o Diego Hurtado de Mendoza, citados por la *Crónica* como organizadores de la defensa de Jaén.

Al fracaso de esta gran operación militar, añadieron los granadinos la pérdida del que era por entonces el principal de sus caudillos.: el «caballero Roduán» de la *Crónica* o el «capitán Reduán» de Arquellada, muerto de un saetazo ante los muros de Jaén. El acontecimiento mereció los honores de un *romance viejo*, recogido por Ginés Pérez de Hita en una versión contaminada⁸, en la que equivocadamente se introduce la figura del *Rey Chico* o Boabdil. Se trata del famoso romance que comienza con estos versos:

— Reduán, bien se te acuerda que me diste la palabra
que me darías a Jaén en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples, daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres, desterrarte he de Granada;
echarte he en una frontera do no goces de tu dama^{8bis}.

5. Y llegamos a otro de los héroes del relato de Juan de Arquellada. Me refiero al obispo de Jaén don Gonzalo de Stúñiga, a cuyos hechos dedica nuestro cronista dos breves capítulos. Antes de analizarlos, digamos algo del personaje.

⁸ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero Hispánico*, II, 34.

^{8bis} *Romancero Viejo*, Ed. cit., n. 135.

Don Gonzalo de Stúñiga sucedió en 1422 en la sede de Baeza— Jaén a otro obispo guerrero, don Rodrigo Fernández de Narváez, a quien vimos acudiendo a la defensa de Jaén en el cerco de 1407. Don Rodrigo era hijo de don Diego López de Stúñiga, Justicia Mayor de Castilla y señor de Béjar. De éste recibió en herencia el señorío de Bodón, aldea cercana a Ciudad Rodrigo, y el castillo y aldea de Vivel, y mil florines de renta, situados en el almojarifazgo de Sevilla, además de otros mil florines «para comprar libros en que aprenda»⁹.

Antes de abrazar la carrera eclesiástica, estuvo casado, y de este matrimonio nació, al parecer, un hijo, llamado Alvaro de Stúñiga, a quien se cita en la Crónica de Juan II como uno de los participantes en la batalla de La Higuera (1431) contra los moros de Granada. En su elección como obispo de Jaén debieron pesar, más que sus méritos intelectuales, su condición nobiliaria y su inclinación por las armas. Si Jaén necesitaba un obispo guerrero, don Gonzalo era, sin duda, el candidato ideal.

El primer hecho de armas en que participó tuvo lugar el día de San Antón (17 de enero) de 1425. El analista Luis Fernández de Tarancón dejó constancia de este hecho con su acostumbrada concisión:

Año de 1425, día de San Antón se perdió don Gonzalo, obispo de Jaén, por un desbarato con los moros¹⁰.

El relato de Arquellada es mucho más amplio y dice como sigue:

11r/ 7. Desbarato del obispo don Gonçalo por los moros

En el año de 1426 años, día de Santo Antón, fueron desbaratados en el Mercadillo, camino de Cambil, el obispo don Gonçalo y otros muchos cavalleros y peones, y le tomaron el estandarte este día. Y murieron en esta pelea muchos escuderos y regido res de Jaén y peones fasta çiento y veinte, a los quales cortaron a todos las cabeças y se las llevaron a Granada. Y llevaron contía de treinta presos a Granada.

Arquellada, como de costumbre, fecha mal el suceso, pero añade un dato de gran interés: la localización exacta del desbarato, que según él tuvo lugar en un punto fronterizo, cercano a Cambil, llamado el «Mercadillo», donde, en tiempos de treguas, solían comerciar cristianos y musulmanes. Jimena Jurado, en cambio, sitúa la batalla en el río de La Guardia, entre esta villa y la sierra de Jaén. Esta discrepancia entre ambos relatos no es, con todo, la mayor. Arquellada habla en términos muy breves pero muy precisos — pérdida del estandarte, número de cristianos muertos y cautivos ... —, pero nada dice de la suerte corrida por el obispo. En cambio Jimena Jurado afirma que

⁹ M. de JIMENA JURADO, *ob. cit.*, 385–86

¹⁰ Citado por Jimena Jurado, *ibid*, 388.

el Obispo ... hirió de manera en los moros y se metió tanto en ellos, que no pudiendo seguirle los cristianos, fue rodeado de muchos de los enemigos, y aviéndole fatigado con la incessable pelea que con él solo tuvieron todos juntos, y derribándolo del caballo, fue cautivo por ellos (Ibid., 387).

Prescindamos de lo hiperbólico del relato, que recuerda otras peleas de héroes, pero de ficción, y retengamos un dato: el cautiverio del obispo don Gonzalo de Stúñiga. Jimena Jurado lo afirma de manera rotunda. Antes que él Gonzalo Argote de Molina se había enfrentado con esta leyenda —por que de una leyenda se trata— y, con el rigor que le caracterizaba, la había desechado de forma rotunda, rechazando también, por tanto, la verosimilitud de una de las dos versiones del famoso romance que dice

Un día de San Antón, ese santo señalado
ya se salen de Jaén cuatrocientos hijosdalgo

Argote de Molina opina que lo del cautiverio del obispo «es acrecentado al mismo romance», y Menéndez Pidal ha venido a darle la razón¹¹. Y prueba de ello es que hay dos versiones del mismo romance que se diferencian básicamente sólo en el final. Así la que citan tanto Argote de Molina como Jimena Jurado — la más popular tal vez en el obispado de Jaén — que concluye con el cautiverio de don Gonzalo:

Los moros son infinitos, al obispo habían cercado;
cansado de pelear lo derriban del caballo,
y los moros victoriosos a su rey lo han presentado.

La otra versión, en cambio, concluye, tras narrar la acometida del obispo contra los escuadrones de los moros, de la siguiente forma:

Todos pasan adelante, ninguno atrás se ha quedado,
siguiendo a su capitán el cobarde es esforzado.
Honra ganan los cristianos, los moros pierden el campo;
diez moros pierden la vida por la muerte de un cristiano;
si alguno de ellos escapa es por una de caballo.
Por su mucha valentía toda la prez han cobrado:
así con esta victoria, como señores del campo,
se vuelven para Jaén con la honra que han ganado.

Arquellada, como se ve, no sigue esta versión triunfal, que está en contradicción con los datos históricos. Pero tampoco se adscribe a la versión del cautiverio. Es probable que conociese la crítica de Argote de Molina. Lo que es seguro es que no comparte la opinión defendida por el clero diocesano de Jaén del cautiverio del obispo, un obispo, todo hay que decirlo, que posiblemente no encajaba muy bien con la idea que Arquellada tenía de lo que debía ser un obispo, cuya fama de legendaria valentía no parece del

¹¹ *Estudios sobre el romancero* (Madrid, 1970), 133 ss.

todo compartir, como se ve en el siguiente capítulo que dedica a los hechos de don Gonzalo.

En cualquier caso, el obispo de Jaén tuvo justo renombre de valiente y arriesgado. El romance que acabamos de comentar da buena prueba de ello. Ambas versiones coinciden en los siguientes versos:

El obispo que lo oyera, dió de espuelas al caballo;
 el caballo era ligero, saltado había un vallado;
 mas al salir de una cuesta, a la asomada de un llano,
 vido mucha adarga blanca, mucho albornoz colorado,
 y muchos hierros de lanzas, que relucían en el campo;
 metido se había por ellos como león denodado:
 de tres batallas de moros la una ha desbaratado,
 mediante la buena ayuda que en los suyos ha hallado:
 aunque algunos dellos mueren, eterna fama han ganado.

Decía que esta fama respondía a la realidad. He aquí algunos testimonios. El primero es del Adelantado de Andalucía, don Diego de Ribera, el del romance, posiblemente uno de los más bellos romances históricos, *Alora la bien cercada*, quien en una carta al rey don Juan II refiere un combate contra los moros en noviembre del 1430, en el cual «el obispo de Jaén hizo como aquél que él es, e eso mesmo trabajó en este fecho, ca todas la guías eran de Alcalá»¹². En otra carta del mismo rey, esta de don Fernán Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, en la que se refiere un encuentro con los moros en la vega de Guadix, se dice –y fíjense de dónde puede provenir el relato de Jimena Jurado– que «en esta pelea mataron el cavallo al obispo de Jaén; e quedó a pie con la espada en la mano, peleando e yendo adelante entre los moros hasta que fueron vencidos»¹³. Y Argote de Molina, citando la crónica de Juan II, recuerda que en el asalto a Huelma en 1435 el obispo don Gonzalo «fue el primero que puso su escala» (Ob. cit., 689).

6. El siguiente capítulo del *crónica* de Arquellada refiere un nuevo desbarato del obispo don Gonzalo, en un escenario muy próximo al de 1425, Albuñel o Arbuniel, al sur de Cambil. El obispo no sólo perdió su estandarte sino que huyó del campo de batalla y anduvo escondido, con más pena que gloria, por los cañaverales del río de la Cerradura, al norte de Cambil, desde donde aportó a La Guardia. He aquí el texto:

11vl 8. Batalla segunda perdida por el obispo don Gonçalo y la gente de Jaén

En el año de 1428 años desbarataron los moros al obispo don Gonçalo y muchos cavalleros de Jaén en Albuñel, que es çerca de Cambil. Y mataron allí

¹² Juan de Mata CARRIAZO, «Cartas de la frontera de Granada», *En la frontera de Granada*, I (Sevilla, 1973), 41.

¹³ *Id.*, *ibid.*, p. 69.

al comendador mayor de Calatrava don Lope Carrillo. Y el obispo vino huyendo, y le fue tomado otro estandarte por los moros. Y estuvo dos días y dos noches en tierra de moros, en el río de la Çerradura, escondido. Y le fueron a buscar otro día con mucha gente desta çiuudad a donde avía sido el desbarato, tañendo muchas tronpetas, para que si estava escondido que saliese. Y con el ruido del agua no los oyó. Y ansí se bolvieron todos muy tristes y desconsolados por la pérdida del obispo don Gonçalo. Y en su palaçio haçía gran llanto su ermana y otros muchos cavalleros, haçiendo muchas promesas y devoçiones. Y a la terçera noche salió del río y se vino a La Guardia con mucho dolor en su coraçón por tanta gente como se avía perdido aquel día. Y otro día envió a deçir como estava en La Guardia bibo y sano. Y sabido por la gente de Jaén, luego fueron por él a La Guardia, con mucha cavallería y infantería, al qual truxeron a esta çiuudad de Jaén con muy grande contento.

Las crónicas nada dicen de este encuentro, y tampoco la historiografía local. Posiblemente se trate del mismo suceso que acabamos de comentar, que tanto Jimena Jurado como el romance localizan en La Guardia. Me interesa, en cualquier caso, destacar la intención de Arquellada de desmitificar la figura del obispo de Jaén, a quien la hagiografía local, de la Jimena Jurado es un buen exponente: llama no sólo «santo, gran capitán, terror y espanto de las bárbaras armas y exércitos de los reyes de Granada»¹⁴, sino «inclito mártir». Porque éste es otro de los elementos de la leyenda del obispo don Gonzalo: su martirio en Granada en 1456 o en 1457, a donde había llegado nuevamente como cautivo. Jimena Jurado vuelve a pecar de ingénuo, si no de ignorante. Porque lo más probable es que don Gonzalo falleciese en Sevilla, donde redactó su testamento a 9 de febrero de 1457. Sin duda alguna, esta leyenda tardía, fraguada entre los jesuítas de Granada al calor del descubrimiento de los restos de supuestos mártires en el Sacromonte, era una forma de exaltar la sede jiennense con un nuevo obispo mártir, sucesor de San Pedro Pascual, martirizado en Granada a principios del siglo XIV (cfr. Jimena Jurado, ilustración y décima p. 406). Lo tardío del descubrimiento y de la traslación de los restos del obispo guerrero (año 1634) nos ponen sobre aviso de que lo más probable es que se trate de una piadosa superchería para incrementar «la nómina del martirologio de Jaén»¹⁵.

* * *

Me temo que esta incursión por el campo de la historiografía menor y provinciana, que eso es al fin y al cabo el *cronicón* de Juan de Arquellada haya sido más curiosa que fructífera. Arquellada no era, a lo que parece, un

¹⁴ M. de JIMENA JURADO, *Anales*, 385.

¹⁵ J. ALCINA, *ob. cit.*, 236.

hombre de imaginaciones, aunque, en cualquier caso, poseía sus propios mitos guerreros y sus héroes. Los que conoció de leídas, como el condestable don Miguel Lucas de Iranzo, y los capitanes de su época —don Juan de Austria, Sancho de Avila, el duque de Alba y otros— a cuyas órdenes combatió.

Si me he ocupado de su obra, cuya edición dejo para otra oportunidad, es porque pensé —no sé si con acierto— que a nuestro querido amigo Derek, tan aficionado a este tipo de historiografía, le hubiera gustado leer un texto como el que ha dado pie a estas líneas.